

garse maniatada á un ejército extranjero, según aconteció después de la pérdida de Puebla.

Los que defendían la idea contraria, alegan que el honor nacional y la necesidad de actos de valor y energía, exigían que antes de entrar los invasores á la capital de la República fueran combatidos, si no para vencerlos, si al menos para demostrar que el pueblo mexicano no estaba degradado y envilecido según lo representaba la prensa europea, ni aceptaba la Intervención francesa, sino que esta venía á imponerse por la fuerza. Además, si el gobierno del Sr. Juárez no interesaba muy directamente á los mexicanos en un combate á muerte, estaba muy expuesta la Nación á caer en la más espantosa anarquía, en pos de la cual vendría la disolución social.

El general Forey atribuyó la rendición de la plaza á la circunstancia de haber dicho al general Mendoza, que los defensores de ella serían pasados á cuchillo si esperaban el asalto general, y al hecho de haber quedado abiertas las brechas en el fuerte de Teotimehuacan; también aseguró que las barricadas y defensas de la ciudad fueron dispuestas y organizadas por la demagogia europea. No fué el temor el que obligó á la plaza á rendirse porque ninguna garantía pidió, y además, el ejército mexicano estaba convencido, con los hechos, que el francés no intentaría ya ningún nuevo asalto, desde que había fracasado en los últimos, en que tanta bizarría mostró el ejército sitiado. El fuerte de Teotimehuacan ó de Ingenieros, se encontraba todavía el 17 de Mayo á una gran distancia de las obras francesas, y entre ese fuerte y la plaza había cien manzanas que podían ser defendidas de la misma manera que las que estaban frente al fuerte de San Javier, por donde los franceses no pudieron dar un paso desde el 6 de Abril hasta el 16 de Mayo. Solamente dos oficiales de origen extranjero habia en la plaza y estaban bajo las órdenes del general mexicano D. Francisco Alatorre; las barricadas y parapetos fueron construidos por ingenieros mexicanos, bajo la inspección de generales también mexicanos.

Esperando de un momento á otro la caída de Puebla, fué puesta en vigor en la capital de la República la contribución llamada de fortificaciones. Al saber que había sucumbido la plaza dictó el gobierno algunas disposiciones sobre los franceses pacíficos; declaró el distrito federal en riguroso estado de sitio; admitió la renuncia que del mando hizo Comonfort; pidió fuerzas á los Estados, manifestando que estaba resuelto á conservar la capital; dió amplias facultades á los gobernadores y aseguró en una proclama, que la capital sería defendida hasta el último extremo y que no oiría proposición alguna de paz, venida de los franceses. Conforme á estas disposiciones, el general Garza dió órdenes para que la ciudad fuese abastecida de víveres; pero se vió que tal defensa era irrealizable.

Continuaba en todas las poblaciones la colecta de donativos, seguía el levantamiento de tropas, los hospitales estaban atendidos en la capital por señoras de las familias más distinguidas, y hacían nuevas protestas en contra de la intervención, varios individuos que habían sido presos por calificarlos como partidarios del extranjero; entre las manifestaciones de las notabilidades conservadoras, se consideró más sincera la hecha por el Sr. Luis G. Cuevas, quien muy de antemano, cuando no po-

día sospechase que lo guiaba el temor, se había negado espontáneamente á todo participio en los proyectos intervencionistas.

En cuanto á lo que se ha dicho, que después de la rendición de la plaza quedaron multitud de municiones y víveres, algunos sostienen que en efecto los había; pero el general Forey dijo lo contrario en una proclama, asegurando que la guarnición de la plaza había agotado sus elementos de resistencia. proyectiles no faltaron á los sitiados pero sí pólvora para aprovecharlos. Cuando comenzó el sitio tenía la plaza veintidos mil hombres, y al rendirse contaba poco menos de doce mil, debiendo llevar en cuenta que salieron de ella cerca de dos mil quinientos dragones. En la defensa de la plaza prestó servicios de grande importancia, el coronel Don Fernando M. Ortega, secretario de la comandancia del Estado de Puebla.

Los jefes y oficiales prisioneros que se embarcaron en Veracruz el 9 de Junio con destino á Brest, confirmaron la noticia de que en la proveeduría del ejército de Oriente había, al rendirse la plaza, víveres para sólo dos días; pero que en las casas particulares existían bastante harina y otros artículos que hubieran bastado para mantener por algún tiempo mas á las tropas. Aseguraron que al comunicarse la orden general para la rendición, había tres paradas de cartuchos por plaza; que los defensores ascendían á 18,500 y que el parque fué arrojado al agua; que en la junta habida antes de la rendición de la plaza, solamente opinaron por romper la línea los generales Negrete, Ghilardi y Prieto. El paso no fué intentado, porque no se contaba con la decisión de la tropa. Se embarcaron para Francia en los buques Darien y Ceres, 13 generales, 25 coroneles, 25 tenientes coroneles, 50 comandantes de batallón, 132 capitanes, 159 tenientes, 137 subtenientes, formando un total de 541 individuos.

Al llegar los prisioneros mexicanos á Orizaba, mandaron varias familias de esa ciudad pan y comida á los soldados presos y aun les repartieron dinero para sus gastos, recogiendo en una suscripción que produjo regular cantidad. Multitud de personas entraban y salían al cuartel en que estaban los jefes y oficiales prisioneros, con el fin de arreglar y proporcionarles la fuga, estando tan generalizada la idea de procurar la evasión de los presos, que desde que llegaron se les proporcionaban disfraces y puede decirse que no se evadió el que no quiso, habiendo emulación y hasta competencia en sacar el mayor número de ellos; alguna familia se llevó en varias salidas dos ó tres, yendo las señoras del brazo de los libertados. El mismo día en que llegaron á Orizaba, se salieron muchos oficiales en traje de criados y la mayor parte con vestido de paisanos, pues acostumbrados los franceses á verles uniforme y la espada ceñida, se tenía ya la seguridad, poniéndose cualquier otro vestido, de salir entre la guardia sin riesgo alguno; además, era tanta la afluencia de gente y tan activo el movimiento, que se dificultaba mucho evitar la evasión de tantos presos aun cuando se hubiera querido impedirla. Los prisioneros salían también con licencia del oficial de guardia; pero acompañándoles soldados del 7.º de línea, y quedaba apuntado el nombre del que salía y del soldado que le acompañaba. En el cuartel habia casi una fiesta, servíanse almuerzos, en que circulaban licores, puros, cigarros y fruta, y no comprendían los franceses el verdadero objeto de



tan fraternal reunion. El día siguiente de haber llegado los prisioneros, tomó la evasión proporciones colosales; fué un cordon de prisioneros el que salía, y aunque no faltaron incidentes peligrosos, la evasión se verificaba en grande escala: figuraron en ella los generales Gonzalez Ortega, La Llave, Patoni y otros, ascendiendo á mas de trescientos jefes y oficiales entre ellos Smith, Garcia y Togno.

Los franceses, al notar que la deserción habia excedido á lo que esperaban, se pusieron furiosos, aumentaron la vigilancia, quisieron descubrir á los prófugos ó impedir que salieran de Orizaba y pretendieron vengarse encerrando en el Beaterio á varias señoras y señoritas que habían contribuido á la gran evasión de los prisioneros.

A Oaxaca llegaron porción de individuos que asistieron á la defensa de Puebla, y se organizaban batallones con ellos. En Veracruz estuvieron los prisioneros solamente algunas horas, el vecindario les reunió dos mil pesos y cerró sus casas en señal de duelo.

El 9 de Junio á las siete de la mañana, llegó á ese puerto el tren que condujo hasta el muelle á los generales y jefes que habían quedado de los prisioneros en Puebla; los franceses, temiendo alguna demostración del pueblo, abocaron cañones en las avenidas de la plaza y el muelle; en todas partes habia centinelas y era imposible acercarse para ver ó hablar á los presos. A las tres de la tarde llegó otro tren de veinte carros, conduciendo al resto de oficiales hasta el número de 488. Todos fueron embarcados en el mismo día. Desde las cuatro de la mañana habia invadido las calles numerosa concurrencia y también las azoteas, balcones y plazas estaban cubiertos con gentes deseosas de dar á los desterrados el adiós. Algunas señoras atravesaban el valladar que oponían las bayonetas francesas, se acercaban para despedirse de parientes y amigos, en medio de llantos y sollozos, temiendo que fuera aquel el último abrazo que les darian. Poco después levaron el ancla los dos buques destinados á la conducción de los prisioneros, uno era de vapor y en él iban los generales y jefes, el otro de vela que llevaba á los oficiales; permanecieron algunas horas en la isla de Sacrificios y allí fueron visitados por muchas personas. El cónsul francés se opuso á que se efectuara una suscripción para proveerlos de ropa, pues la que tenian guardaba muy mal estado.

Después de quince días de navegación llegaron á las islas Bermudas, donde se detuvo el «Darien» para proveerse de carbon y víveres, y de allí siguieron en derecha á Brest. Era difícil la situación que guardaban los prisioneros por la falta de recursos, pues al salir de Veracruz no llevaban dinero ó iban faltos de ropa y de zapatos, habiendo perdido todos sus equipajes.

Los varios jefes y oficiales que en Orizaba no quisieron burlar la vigilancia de sus guardianes habían continuado su camino, sufriendo el mal tratamiento consiguiente á la desconfianza que se apoderó de los franceses. En Veracruz fueron embarcados los generales y coroneles con sus respectivos ayudantes á bordo del vapor «Darien» y los tenientes coroneles, comandantes y oficiales subalternos en la fragata «Ceres»; ambas embarcaciones se dirigieron á Brest. El 23 de Julio (1863) fueron reunidos todos los prisioneros en el «Darien» y conducidos al puerto de l' O-

rient, donde se les exigió la palabra de permanecer en el punto que se les designara. Después de firmar este compromiso, quedó dividido el grupo total de prisioneros en cuatro lugares. Al general Mendoza y sus ayudantes se les designó París, por orden del ministro de Marina; los otros generales con sus ayudantes fueron consignados á Evreux; los coroneles, tenientes coroneles y comandantes á Tours, y los subalternos fueron divididos en Blois, Bourges, Moulins y Clermont Ferrant. En Evreux fué nombrado, por la autoridad francesa, jefe del grupo de generales el más antiguo entre ellos, D. Domingo Gayosso. El 1º de Agosto se ordenó quitar el uso de las espadas á todos los prisioneros y que diariamente debían firmar la revista de presente.

El general Gonzalez Mendoza publicó en periódicos franceses, un voto de gracias al capitán del buque que le habia trasportado, y como lo hacia á nombre del grupo de prisioneros sin autorización debida, éstos protestaron contra el voto dado por el general G. Mendoza.

El gobierno francés señaló á cada prisionero una cantidad mensual para la subsistencia, correspondiendo á cada subalterno veinte pesos al mes, con lo cual difícilmente podían cubrir los más indispensables gastos; muchos oficiales estaban casi desnudos y sin esperanza de mejorar de situación. Uno de los generales, D. Epitacio Huerta, pidió para los prisioneros algunos recursos al gobernador del Estado de Michoacan, sin obtenerlos, lo mismo que habia sucedido hasta entonces al solicitarlos del gobierno general.

La situación de los prisioneros se agravó por haberles impuesto el Emperador francés una fórmula de sumision para darles libertad, siendo pocos los que la aceptaron, aunque se anunció que se perjudicarian los que la rechazaran; se les exigia el compromiso de no combatir jamás á la Intervención francesa y permanecer extraños á toda tentativa política opuesta al gobierno aquí establecido. Algunos firmaron la fórmula en el acto, otros pidieron plazos para meditar y resolver, y la mayoría la rechazó. Esto pasaba en el mes de Octubre.

El general Huerta recibió promesas de auxilio por medio del ministro D. Matías Romero y en nombre del gobierno mexicano. Se estaba en esto cuando el comandante de la plaza de París, Mr. Sourrain, avisó que todos los oficiales prisioneros mexicanos quedaban en libertad y serían conducidos á puertos mexicanos por cuenta del gobierno francés, á condición de presentarse en el puerto de embarque el día que se les señalara; mientras recibirían sueldo los que habian suscrito la fórmula de sumision y los demás solamente hasta finalizar el mes de Junio de 1864. Por ese tiempo recibieron ochocientos pesos por conducto del general Mendoza, residente en Madrid.

Habiendo ofrecido algunos mexicanos residentes en París, contribuir para los gastos de transporte de los oficiales mexicanos, se emplearon desde luego en ello 1976 pesos; al retirarse expidió á cada oficial un certificado el general Epitacio Huerta, en jefe del cuerpo de oficiales prisioneros internados en Francia.

En las angustiosas circunstancias en que puso á México la pérdida de Puebla, se supo que en Yucatan habia vuelto á estallar la guerra civil; que en los días de la



semana santa había sufrido un ataque la ciudad de Mérida y que de Campeche habían salido cuatrocientos soldados para auxiliar á las autoridades yucatecas. Esos motines y otros semejantes, probaron la anarquía que reinaba en todo el territorio mexicano y aumentaron las líneas oscuras del cuadro que apareció con la derrota del ejército del Centro y la pérdida de Puebla.

Entonces se pidió con vehemencia el cambio de ministros y aun se clamaba porque se quitaran al Presidente Juárez las facultades extraordinarias, atribuyendo á sus errores los grandes males que se padecían.

La caída de Puebla puso á la República en situación comprometida, porque allí se habían perdido los principales recursos con que contaba; aunque la prensa toda clamaba por la defensa de la capital y las masas populares se prestaban á ello, se notó que faltaban los elementos indispensables para sostener con éxito un sitio. El distrito federal fué declarado en estado de guerra el día 18 de Mayo, y el ejército del Centro se concentró en la capital, en la que el general Garza tomó el mando, continuó las fortificaciones y desplegó actividad en preparar los elementos de defensa, así como la comisión de señoras presididas por D. Guadalupe Bros, se afanaba en reunir lo necesario para sostener el hospital militar situado en el Hospicio. Para trasladar á los heridos y prisioneros de Puebla, mandó el gobierno una comisión con recursos. Pero aun antes de estar sitiado México era excesiva la carestía de víveres, debiéndose en parte á los embargos de carros y mulas. Funcionaban de secretarios del general Garza, D. Manuel Saavedra para los negocios militares y D. Manuel Romero Rubio para los políticos; dictó éste disposiciones para reunir á los propietarios de fincas rurales con objeto de conocer los recursos de que podían disponer é hizo efectivas las disposiciones sobre guardia nacional.

El congreso declaró benemérito al ejército de Oriente y lo recomendó á la gratitud nacional, debiendo los defensores recibir un distintivo; revistió al presidente Juárez de facultades extraordinarias despues de grandes y ruidosas discusiones. El gobierno celebraba con frecuencia juntas de ministros á las que asistía el general Garza, y se sintió en la capital cierta animación al presentarse los generales Regules, Diaz, Negrete y Berriózabal, que lograron escaparse de Puebla, así como Antillon, Ghilardi y los coroneles Ortega, Salazar y Sanchez Ochoa; Caamaño y los oficiales de artillería Guerra y Ceballos; se prohibió la extracción del salitre, azufre y pólvora y se declaró libre la introducción de estos efectos; en las conferencias con los propietarios y hacendados quedaron acordadas las medidas necesarias para abastecer la capital de víveres y se citaron á junta los dueños y arrendatarios de molinos de trigo.



*General De Maussion.*

En el sitio que sufrió la ciudad de Puebla—de Marzo á Mayo de 1863—estuvo el general De Maussion mandando una brigada de reserva formada con el séptimo regimiento de línea y la legión extranjera, llegados en calidad de refuerzos. Este general fué comisionado para recibir y acompañar en el tránsito de Veracruz á Orizaba, á los príncipes Maximiliano y Carlota, en su condición de Emperadores de México. En Orizaba tuvo por compañera á la Emperatriz, en la cuadrilla de honor con que se inauguró el baile ofrecido por la municipalidad á los monarcas.